

biere del agua que yo le daré (que es la divina gracia) nunca jamás padecerá sed. Lo cual dice Sant Gregorio en una homilía por estas palabras (a): El que perfectamente ha conocido la dulcedumbre de la vida celestial, luego desampara todas las cosas que sensualmente amaba, deja lo que poseía, derrama lo que allegaba, enciéndesele el corazón con deseos del cielo, desagrádale todo lo que hay en la tierra, y paréscle feo todo lo que ántes le era hermoso; porque solo el resplandor desta preciosa margarita reluce en su ánima. Pues desta manera lleno el vaso de nuestro corazón deste licuor celestial, y apagada con él la sed de nuestra ánima, no tiene por qué andar hambreado y procurando los bienes perecederos desta vida; y así queda libre de las cadenas de las aficiones dellos, porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prisión. Y desta manera el corazón que vino á hallar al Señor de todo, se halla él también en su manera señor de todo; pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.

Con estos dos favores de Dios (que para esta libertad nos ayuda) se junta también la diligencia y cuidado que los buenos tienen de subjectar la carne al espíritu, y las pasiones á la razón, con la cual vienen ellas poco á poco á mortificarse, y habituarse á lo bueno, y á perder muy gran parte del furor y brio que ántes tenían. Porque (como dice Sant Crisóstomo) si las bestias fieras acostumbradas á tratar con los hombres, vienen por tiempo á perder su natural fiereza, y investirse de la blandura y mansedumbre de los hombres (por donde dijo el Poeta, que el tiempo y la costumbre hacia á los leones obedecer á los hombres), ¿qué mucho es que nuestras pasiones naturales, acostumbradas á obedecer á la razón, vengan poco á poco á razonarse y domesticarse: esto es, á participar en algo la condición del espíritu y de la razón, y holgar con las obras della? Y si para esto basta el uso y la buena costumbre, ¿cuánto más bastará la gracia ayudada con la misma costumbre?

Pues de aquí nasce que muchas veces los siervos de Dios sensualmente (si decirse puede), huelguen más con el recogimiento, y con el silencio, y con la lición, y oración, y meditación, y con otros tales ejercicios, que nunca holgaran con el juego, y con la caza, y con todas las conversaciones y recreaciones del mundo; las cuales ellos tienen por tormento: de tal manera que aun la misma carne viene á aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto y contentamiento en lo que ántes aborrescía. Lo cual es en tanta manera verdad, que muchas veces (como dice Sant Buenaventura en el prólogo del estímulo del amor de Dios) se deleita tanto la parte inferior de nuestra ánima en los ejercicios de la oración y comunicación con Dios, que recibe tormento cuando por algún justo impedimento la apartan de allí. Y esto es lo que quiso significar el Profeta, cuando dijo (b): Alabaré yo al Señor, porque me dió entendimiento; y también porque de noche mis rehenes me reprehenden, ó (como trasladó otro intérprete) me enseñan. Esta es cierta una señalada obra de la divina gracia. Porque por las rehenes entienden aquí los exponeadores, los afectos y movimientos interiores del hombre, que suelen ser (como ya dijimos) estímulos y despertadores de pecar: los cuales por virtud de la gracia, muchas veces no solo no nos incitan al mal de la manera que solían; mas ántes á veces ayudan al bien; y no solo no sirven al demonio (en

(a) Hom. 11. in Evang. (b) Psal. 45.

cuyos reales servían), mas ántes pasándose á los de Cristo, vuelven las armas contra el enemigo. Lo cual aunque en muchos ejercicios de vida espiritual se pueda ver, pero señaladamente en el afecto de la contrición y dolor de los pecados, en el cual tiene también su parte la porción inferior de nuestra ánima, afligiéndose y derramando lágrimas por ellos. Y por esto dice el sancto Profeta que de noche, cuando suelen los justos al cabo del día examinar su consciencia y llorar sus culpas; cuando este profeta dice en otra parte, que barría su espíritu con este ejercicio, entónces le reprehendían sus rehenes (c); porque con el desabrimento que en esta parte de su ánima sentía por haber ofendido á Dios, quedaba castigado y escarmentado para no volver á cometer lo que tanto le había dolido. Por lo cual con mucha razón da gracias al Señor, porque no solo la parte superior de su ánima (donde está la razón) le convidaba al bien, mas también la parte inferior della, que comunemente suele ser incentivo y despertador de mal. Mas aunque esto en su manera sea verdad (y sea esta una grande gloria de la redempción de Cristo, que como perfectísimo Redemptor, perfectísimamente nos redimió y libertó); no por eso debe nadie descuidarse ni fiarse de su carne (por muy mortificada que esté), mientras vive en esta vida mortal.

Estas pues son las causas principales desta maravillosa libertad: de la cual (entre otros efectos) se sigue un nuevo conocimiento de Dios, y una confirmación de la fe y religión que profesamos: como claramente lo testifica el mismo Señor por Ezequiel, diciendo (d): Conocerán los hombres que soy Dios, cuando quebrare las cadenas del yugo dellos, y los librare de las manos de los que los tenían tirannizados. Este yugo ya dijimos que era la sensualidad, ó apetito desordenado de pecar, que dentro de nuestra carne mora, y nos oprime, y subjecta al pecado. Las cadenas deste yugo son las malas inclinaciones con que el demonio nos prende y lleva tras sí; las cuales son tanto más fuertes, cuanto más confirmadas están con la mala costumbre, como Sant Agustín lo confiesa en sí mismo, diciendo (e): Preso estaba yo, no con hierro, sino con mi propia voluntad, que era más dura que hierro. Mi querer tenía en sus manos mi enemigo, y de mí había hecho cadena contra mí, con la cual me tenía preso. Porque de mi perversa voluntad nació mi mal deseo, y del mal deseo el vicio, y de la continuación del vicio la costumbre; y esta era la cadena con que el demonio tenía preso mi corazón. Pues cuando un hombre se vió algún tiempo desta manera preso (como se vió este mismo sancto), y probando muchas veces á salir deste captiverio, halló tan dificultosa la salida (como él mismo la halló), cuando después de vuelto á Dios ve quebradas estas cadenas, y mortificadas estas pasiones, y se halla libre y señor de sus apetitos, y ve puesto debajo de sus piés el yugo que tenía sobre sus hombros; ¿qué ha de hacer sino conjeturar por aquí que es Dios el que quebró tales cadenas, y quitó aquel yugo tan pesado de su cerviz? ¿Qué ha de hacer sino alabar á Dios con el Profeta, diciendo (f): Quebrastes, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

(c) Psal. 70. (d) Ezech. 54. (e) Lib. 8. Conf. c. 3. (f) Psal. 115.

## CAPITULO XX.

Del octavo privilegio de la virtud, que es la bienaventurada paz y quietud interior de que gozan los buenos, y de la miserable guerra y desasosiego que dentro de sí padescen los malos.

Deste privilegio susodicho (que es la libertad de los hijos de Dios) se sigue otro no menor, que es la paz y sosiego interior en que viven los tales. Para cuyo entendimiento es de saber que hay tres maneras de paz. Una con los prójimos, otra con Dios, y otra consigo mismo. La paz con los prójimos es estar en gracia y amistad con ellos, sin querer mal á nadie: la cual tenía David, cuando decía (a): Con los que aborrescían la paz era yo pacífico, y cuando les hablaba con mansedumbre me hacían guerra sin causa. Esta paz nos encomienda el apóstol Sant Pablo (b), amonestándonos que trabajemos todo lo posible (á lo ménos cuanto es de nuestra parte) por tener paz con todos los hombres. La segunda paz, que es con Dios, consiste también en la gracia y amistad de Dios, que se alcanza por medio de la justificación, la cual reconcilia el hombre con Dios, y hace que Dios ame al hombre, y el hombre á Dios, sin que haya guerra ni contradicción de parte á parte. De la cual dijo el Apóstol (c): Pues estamos ya justificados mediante la fe y amor por Cristo nuestro Salvador, por el cual alcanzamos esta gracia, tengamos paz con Dios. La tercera paz es la que el hombre tiene consigo mismo, de la cual nadie se debe maravillar; pues nos consta que en un mismo hombre hay dos hombres tan contrarios entre sí, como son el interior y el exterior, que son espíritu y carne, pasiones y razón; las cuales no solo hacen guerra cruel y contradicción al espíritu, mas también inquietan con sus apetitos y deseos encendidos, y con su hambre canina á todo el hombre, con lo cual perturban la paz interior, que es el sosiego y reposo de nuestro espíritu.

## §. I.

De la guerra y desasosiego interior de los malos.

Esta es pues la guerra y desasosiego continuo en que generalmente viven todos los hombres carnales. Porque como ellos por una parte carezcan de gracia, que es el freno con que se mortifican las pasiones; y por otra tengan tan desenfadado y suelto su apetito, que apenas saben qué cosa sea resistirle en nada; de aquí nasce que viven con infinitas maneras de deseos de cosas diversas: unos de honras, otros de oficios, otros de privanzas, otros de dignidades, otros de hacienda, otros de tales y tales casamientos, y otros de diversas maneras de pasatiempos y deleites; porque este apetito es como un fuego insaciable que nunca dice basta, ó como una bestia tragadora que jamás se harta, ó como aquella sanguijuela chupadora de sangre, de quien dice Salomón (d) que tiene dos hijas, las cuales siempre dicen: daca, daca. Esta sanguijuela es el apetito insaciable de nuestro corazón; y estas dos hijas suyas son, por una parte la necesidad, y por otra la cobdicia: de las cuales la una es como sed verdadera, la otra como falsa, y no ménos aflige la una que la otra; puesto caso que la una sea necesidad verdadera, y la otra falsa. De donde nasce que ni los pobres, ni los ricos (si son malos) tienen sosiego; porque en los unos la necesidad, y en los otros la cobdicia, siempre está solicitando el corazón, y diciendo: daca, daca. Pues ¿qué descanso, qué reposo, qué paz puede tener el hombre estando siempre estos dos

(a) Psal. 119. (b) Rom. 12. (c) Rom. 5. (d) Prov. 30.

solicitadores perpetuos llamando á la puerta, y pidiéndole infinitas cosas que no está en su mano dárselas? ¿Qué reposo podría tener el corazón de una madre, si viese diez ó doce hijos al derredor de sí dando voces, y pidiéndole pan, sin tenerlo? Pues esta es una de las principales miserias de los malos. Los cuales, como dice el Salmista (e); están pereciendo de hambre y de sed, y desfalleciendo su ánima en ellos. Porque como esté tan apoderado dellos el amor propio (cuyos son estos deseos), y tengan puesta toda su felicidad en estos bienes visibles; de aquí nasce esta sed y hambre canina que tienen de aquellas cosas en que piensan que consiste esta felicidad; y como no todas veces pueden alcanzar lo que desean (porque se lo defienden otros más golosos, ó más poderosos), de aquí vienen á perturbarse y congojarse, de la manera que hace el niño goloso y regalado, que cuando le niegan lo que pide, llora y pateo, y está para reventar. Porque así como es árbol de vida el cumplimiento del deseo, segun dice el Sabio (f), así no hay otro mayor desabrimento, que desear, y no alcanzar lo deseado; porque esto es como perescer de hambre, y no tener que comer. Y es lo bueno, que mientras más se les defiende lo que desean, mas les cresce con esta prohibición el deseo, y con el deseo no cumplido, el tormento; y así andan siempre en una rueda viva sin reposo.

Este es aquel estado miserable que significó muy altamente el Salvador en aquella parábola del hijo pródigo, de quien dice (g) que salido de la casa de su padre, se fué á una región muy léjos, donde hubo una grande hambre, de la cual alcanzó á él tanta parte, que la necesidad le hizo venir á guardar puercos, siendo hijo de tan noble padre; y lo que más es, que deseaba henchir el vientre de aquel manjar vil que comían los puercos, y no había quien se lo diese. ¿Con qué otros colores se pudiera pintar más al propio todo el discurso y miserias de la vida de los malos? ¿Quién es este hijo pródigo que sale de la casa de su padre, sino el miserable pecador que se aparta de Dios, y se derrama por los vicios, y usa mal de todos los beneficios divinos? ¿Qué región es esta de tanta hambre, sino este mundo miserable, donde es tan insaciable el apetito de los mundanos, que jamás se ven hartos ni contentos con las cosas que poseen, sino que siempre andan como lobos hambrientos, deseando y suspirando por más? ¿Y cuál es, si piensas, el oficio en que estos entienden toda la vida, sino en apacentar puercos; que es en buscar hartura y contentamiento para sus apetitos sucios y deshonestos? Si no, párate á mirar los pasos que da un hombre muy verde, y muy metido en el mundo, desde la mañana hasta la noche, y aun desde la noche hasta la mañana, y hallarás que todo se le va en buscar cómo apacentar y deleitar alguno destos sentidos bestiales, ó la vista, ó el gusto, ó el oído, ó el tacto, ó los demas: como unos puros discípulos de Epicuro, y no de Cristo; como si no tuviessen más que solos cuerpos de bestias; como si no creyesen que hay otro fin, sino para deleites sensuales: así en ninguna otra cosa entienden, sino, hoy aquí, mañana allí, andar á caza de gustos y pasatiempos con que apacentar algunos destos sentidos. ¿Qué otra cosa son sus galas, sus fiestas, sus banquetes, sus regalos, sus camas, sus músicas, sus conversaciones, sus vistas y sus salidas, si-

(e) Psal. 106. (f) Prov. 13. (g) Luc. 15.

no andar buscando pasto para este linaje de puercos? Ponle tú á eso el nombre que quisieres: llámalo gentileza, ó grandeza, ó (si quisieres) cortesania; que en el vocabulario de Dios no se llama eso, sino apascentar puercos. Porque así como los puercos son un linaje de animales que se huelgan con el cieno hediondo, y se apascentan de manjares viles y sucios, así los corazones de los tales no se deleitan sino con el cieno sucio y hediondo de los deleites carnales.

Y lo que excede á toda miseria es que el hijo de tan noble padre, criado para mantenerse en la mesa de Dios con manjares de ángeles, aun no puede hartarse destos manjares tan viles, segun es grande la carestía dellos; porque como son tantos los merchants desta mercadería, los unos se impiden á los otros; y así se quedan todos ayunos. Quiero decir, que como son tantos los que andan á la rebatiña, no puede dejar de haber entre ellos mucha contienda; ni es posible que los puercos debajo de la encina no gruñan, y se dén de navajadas unos á otros sobre quién tendrá mas parte en la bellota.

Este es aquel estado miserable, y aquella hambre que describe tambien el Profeta, cuando dice (a): Anduvieron por lugares yermos y solitarios, y por grandes páramos y sequedades peresciendo de sed y hambre hasta venir á desfallecer. Pues ¿qué hambre es esta, y qué sed, sino el apetito encendido que los malos tienen de las cosas del mundo, el cual mientras mas se cumple mas se enciende, y mientras mas bebe mas sed padesce, y mientras mas leña le echan mas arde? ¡Oh gente miserable! ¿y de dónde os nasce esta sed tan encendida, sino de que habeis desamparado la fuente de las aguas vivas, y os vais á beber á los aljibes rotos, que no pueden retener las aguas (b)? Faltóos el rio de la verdadera felicidad, y por eso andais perdidos por los desiertos, y por los charquillos y lagunas turbias de los bienes percederos á matar la sed. Artificio fué este de aquel cruel Holofernes, que cuando cercó la ciudad de Betulia, mandó cortar los caños por do entraba el agua á la ciudad; y así no les quedaron á los pobres cercados, sino unas fuentezuelas junto á los muros, donde á hurto bebían algunas gotillas de agua, mas para untar los labios, que para matar la sed (c). ¿Pues qué otra cosa haceis los amadores de deleites, los cazadores de honras, los amigos de regalos, despues que perdistes la vena de las aguas vivas, sino andar bebiendo á hurto desas pobres fuentezuelas de las criaturas que hallais á mano, que mas son para untar los labios y atizar la sed, que para matarla? ¡Oh miserable criatura, en qué andas, como dice el Profeta (d), por el camino de los Asirios á beber agua turbia y cenagosa! ¿Qué agua puede ser mas cenagosa que el deleite sensual, pues no se puede beber sin mal olor, y mal sabor? Porque ¿qué peor olor que la infamia del pecado? y qué peor sabor que el remordimiento de consciencia, que dél proceden? que (como dice un filósofo) son dos perpetuos compañeros del deleite carnal.

Y acaesce aun mas, que como este apetito sea ciego, y no haga diferencia de lo que se puede, ó no se puede alcanzar, y muchas veces la fuerza del deseo haga parecer fácil lo que es mas difícil: de aquí nasce desear muchas cosas que no puede alcanzar; porque no hay cosa mucho para desear, que no tenga otros

(a) Psal. 106. (b) Hierem. 2. (c) Iudt. 7. (d) Hierem. 6.

muchos deseos que anden en pos della, y muchos amadores y contendores que la defiendan; y como el apetito quiere, y no puede; cobdicia, y no alcanza; tiene hambre, y no hay quien le dé de comer; y muchas veces tiende los brazos en balde, y madrugada mañana, y nada le sucede; y á veces subiendo ya por la escala le derriban de los muros abajo, y le quitan de las manos lo que parece que ya tenia: de aquí procede el morir, y el reventar, y el congojarse, y despedazarse dentro de sí mismo, por verse tan alejado de lo que desea. Porque como estas dos tan principales fuerzas del ánima (que son irascible y concupiscible), están entre sí de tal manera ordenadas, que la una sirve á la otra, claro está que mientras la parte concupiscible no alcanzare lo que desea, luego la irascible ha de salir por ella, congojándose, y embraveciéndose, y poniéndose á todos los encuentros y peligros que pudiere, por dar contentamiento á su hermana, cuando la ve triste y descontenta. Pues desta confusion de deseos nasce este desasosiego interior de que tratamos, el cual llama guerra el apóstol Sanctiago, cuando dice (e): ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas que hay entre vosotros, sino de las cobdicias y apetitos que militan y pelean en vuestras ánimas, cuando cobdiciais las cosas, y no podeis alcanzarlas? Y llama la guerra con mucha razon, por la lucha y contradiccion natural que hay entre el espíritu y la carne, y los deseos de la una parte y de la otra.

Y aun acaesce en este género de cosas otra mas para sentir, y es: que muchas veces vienen los hombres á alcanzar todo lo que parece que bastaba para tener el contentamiento que ellos habian deseado; y estando en tal estado que podrian si quisiesen vivir á su placer, con todo esto viene á metérseles en la cabeza, que les conviene pretender tal manera de honra, ó de título, ó de lugar, ó de precedencia, ó de cosa semejante, la cual si procuran y no alcanzan, vienen á entristecerse, y congojarse, y recibir mayor tormento con aquella nada que les falta, que contentamiento con todo cuanto les queda; y así viven con esta espina, ó por mejor decir, con este perpetuo azote toda la vida, que les agua y vierte toda su prosperidad, y se la convierte en humo. Esto llamo yo enclavar el artillería, que es cosa que suelen hacer los enemigos en la guerra, lo cual basta para que un tiro muy grueso y muy poderoso no sea de provecho, quedándose tan entero y tan grande como de antes; porque solo esto bastó para deshacer toda su fuerza. Y deste mesmo artificio usa Dios con los malos, para que clarísimamente entiendan (si ellos quisiesen abrir los ojos), que la felicidad y contentamiento del corazón humano es dádiva de Dios, y que él la da cuando quiere, y á quien quiere, sin ninguno destos aparatos, y la quita cuando quiere, con solo enclavar (como dijimos) el artillería, que es permitiendo alguno destos desaguidos y vertederos de su prosperidad. Por donde quedándose tan ricos y tan prósperos en lo que parece por defuera, por solo esta falta secreta viven tan tristes y descontentos como si nada tuvieran. Y esto es lo que divinamente significó el mesmo Señor por Isaias, hablando contra la soberbia y potencia del rey de los Asirios, diciendo que él pondría flaqueza en medio de su grosura, y fuego debajo de su gloria, con el cual ardiese (f). Para que por aquí se vea como sabe Dios dar un barreno al navío que prósperamente nave-

(e) Iacob. 4. (f) Isai. 40.

## §. II.

De la paz y sosiego interior en que viven los buenos.

Esta es pues la suerte de los malos; mas los buenos por el contrario, como tienen tan bien gobernados todos sus apetitos y deseos; como tienen tan domadas y mortificadas sus pasiones; como tienen puesta su felicidad, no en estos falsos y percederos bienes, sino en solo Dios (que es el centro de su felicidad), y en aquellos eternos y verdaderos bienes que nadie les puede quitar; como tienen por enemigo perpetuo el amor propio, y su carne propria, con toda la cuadrilla de sus apetitos y deseos; y cómo tienen finalmente su voluntad tan resignada y puesta en las manos de Dios: de aquí nasce que ninguna destas molestias los inquieta y perturba, de tal manera que les haga perder su paz.

Pues este es uno de los principales galardones entre otros muchos que promete Dios á los amadores de la virtud, lo cual nos testifican á cada paso todas las Escrituras divinas. El real Profeta dice (g): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley; y no hay cosa que los escandalice. Y por Isaias dice el mesmo Señor (h): Ojalá hubieras tenido cuenta con mis mandamientos, porque fuera tu paz como un rio caudaloso, y tu justicia como las aguas de la mar. Y llama aquí esta paz rio, por la gran virtud que ella tiene para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras cobdicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazón, y dar á nuestras ánimas refrigerio. Lo mesmo tambien significó divinamente (aunque con grande brevedad) Salomon, diciendo (i): Cuando hubieren agrado á Dios los caminos del hombre, él hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues ¿qué enemigos son estos que hacen guerra al hombre, sino sus propias pasiones, y malas inclinaciones de su carne, que pelea siempre contra el espíritu? Pues estas dice el Señor que hará venir á tener paz con él, cuando por virtud de la gracia y de la buena costumbre vienen á habituarse á las obras del espíritu, y así tienen paz con él; porque no le hacen tan cruel guerra como ántes solian. Porque aunque la virtud en sus principios sienta grande contradiccion en las pasiones; despues que llega á su perfeccion, obra con gran suavidad y facilidad, y con mucho menor contradiccion. Finalmente, esta es aquella paz que por otro nombre llama el profeta David anchura de corazón, cuando dice (j): Ensanchaste, Señor, mis pasos debajo de mí, y no se enflaquecieron ni debilitaron mis piés. Por las cuales palabras quiso el Profeta declarar la diferencia que hay del camino de los buenos al de los malos. Porque los unos andan con los corazones apretados y congojosos por los temores y cuidados con que viven, como el caminante que va por una senda muy estrecha entre grandes barrancos y despeñaderos, temiendo caer á cada paso; mas el otro camina holgado y seguro, como el que va por un camino llano y espacioso, que no tiene por qué temer. Esto entienden mucho mejor los justos por la práctica que por la teoría; porque todos ellos reconocen la diferencia que hay de su corazón en el tiempo que sirvieron al mundo, y en el que se ofrecieron al servicio de Dios; porque entónces á cada ocasion de trabajos todo eran congojas, y sobresaltos, y temores, y apretamientos de corazón; mas despues que dejado el camino del mundo,

gaba, y poner flaqueza en medio de la fortaleza, y miseria en medio de la prosperidad. Lo mesmo tambien nos es significado en el libro de Job, donde se dice que los gigantes gimen debajo de las aguas (a), para que se vea que tambien para estos tiene Dios sus honduras y sus trabajos, como para los pequenuelos que parecen estar mas sujetos á las injurias del mundo. Pero muy mas claramente significó esto Salomon, cuando entre las grandes miserias del mundo contó esta por una de las mayores, diciendo (b): Hay aun otro mal que vi debajo del sol, y muy comun en el mundo. Veréis un hombre á quien Dios dió riquezas, y hacienda, y honra, y ningun bien falta á su ánima de todos los que desea, y con todo esto no le dió poder para comer de lo que tiene, sino que otro extraño se lo tragará. ¿Pues qué es no tener el hombre poder para comer de lo que tiene, sino no lograr las cosas que posee, ni tener con ellas aquel contentamiento que le pudieran dar? Porque con un desaguidero destos que dijimos, ordena Dios que se vierta toda su felicidad, para que por aquí se entienda que así como la verdadera sabiduría no la dan letras muertas, sino Dios, así la verdadera paz y contentamiento, tampoco lo dan las riquezas y bienes del mundo, sino Dios.

Pues tornando al propósito, si aun los que tienen todas las cosas que desean, no teniendo á Dios, viven tan descontentos y desabridos, ¿qué harán aquellos á quien todas las cosas faltan; pues cada una destas faltas es una hambre, y una sed que los fatiga, y una espina que traen hincada en el corazón? ¿Pues qué paz, qué sosiego puede haber en el ánima donde hay tanta importunidad, tanta guerra, y tanto desasosiego de apetitos y pensamientos? Muy bien dijo el Profeta de los tales (c): El corazón del malo es como la mar cuando anda en tormenta, que no puede reposar. Porque ¿qué mar, ni qué olas y vientos pueden ser mas furiosos que las pasiones y apetitos de los malos? las cuales suelen á veces revolver mares y mundos. Y aun acontece muchas veces levantarse en este mar vientos contrarios, que es otro linaje de tormenta mayor. Ca muchas veces los mesmos apetitos pelean entre sí unos contra otros, como vientos contrarios; porque lo que quiere la carne, no quiere la honra; y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda; y lo que quiere la hacienda, no quiere la fama; y lo que quiere la fama, no quiere la pereza, y el amor del regalo; y así acaesce que deseándolo todo, no saben qué desearse, y aun ellos mesmos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros, como hacen los malos humores en las enfermedades complicadas, donde apenas halla la medicina lo que deba hacer; porque lo que es saludable contra un humor, es contrario para otro. Esta es aquella confusion de las lenguas de Babilonia (d), y aquella contradiccion contra la cual el Profeta hace oración á Dios, diciendo (e): Destruye, Señor, y divide sus lenguas; porque vi maldad y contradiccion en la ciudad. Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino la que pasa en el corazón de los hombres mundanos, entre la diversidad de sus apetitos, cuando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborresciendo uno lo que quiere el otro?

(a) Job. 26. (b) Eocl. 6. (c) Isai. 57. (d) Gen. 11. (e) Psal. 54.

(f) Psal. 118. (g) Isai. 48. (h) Prov. 16. (i) Psal. 47.

trasladaron su corazón al amor de los bienes eternos, y pusieron toda su felicidad y confianza en Dios, pasan ordinariamente por todas estas cosas con un corazón tan ancho, tan quieto, y tan rendido á la voluntad de Dios, que muchas veces ellos mismos se espantan tanto desta mudanza, que les parece no ser ellos los que ántes eran, ó que les han trocado los corazones: tan mudados se hallan. Y á la verdad son ellos, y no son ellos; porque aunque sean ellos cuanto á la naturaleza, no son ellos mismos cuanto á la gracia; pues della procede esta mudanza, aunque nadie pueda tener evidencia della. Esto es lo que promete el mismo Señor por Isaías; diciendo (a): Cuando pasares por las aguas estaré contigo, y los ríos no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Pues ¿qué aguas son estas, sino los arroyos de las tribulaciones desta vida, y el diluvio de las miserias innumerables que cada día se ofrecen en ella? Y ¿qué fuego es este, sino el ardor de nuestra carne, que es aquel horno de Babilonia que atizan los ministros de Nabucodonosor, que son los demonios (b), de donde se levantan las llamas de nuestros desordenados apetitos y deseos? Pues el que en medio destas agnas y destas llamas en que todo el mundo generalmente pelagra, persevera sin quemarse; ¿cómo no barruntará por aquí la presencia del Espíritu Santo, y la virtud del favor divino? Esta es aquella paz que, como dice el Apóstol (c), sobrepaja todo sentido; porque ella es un tan alto, y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, y pacífico, y consolado en medio de los torbellinos y tempestades del mundo.

Mas el que esto siente, alaba y reconoce al hacedor destas maravillas, diciendo con el Profeta (d): Venid y ved las obras del Señor, y las maravillas que ha obrado en la tierra. Ca él hizo pedazos el arco, y quebró las armas, y los escudos quemó en el fuego, diciendo: Dejad las armas, y vivid en paz y reposo; para que veais como yo soy Dios, ensalzado en el cielo y en la tierra. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas rica, mas dulce, y mas para ser deseada, que esta quietud, este reposo, esta anchura y grandeza de corazón, y esta bienaventurada paz?

Y si pasares mas adelante, y quisieres saber cuáles sean las causas de do procede este don celestial, á esto respondo que procede de todos estos privilegios de la virtud que habemos dicho; porque así como en la cadena de los vicios unos estan trabados con otros, que son causa dellos; así en la escala de las virtudes, unas tambien tienen esta misma dependencia de las otras, de tal modo, que la mas alta así como produce de sí mas frutos, así tiene mas raíces de donde nasce. Y así esta bienaventurada paz, que es uno de los doce frutos del Espíritu Santo (e), nasce destotros frutos y privilegios que dijimos, y señaladamente procede de la misma virtud, cuya compañera indivisible ella es; porque así como á la virtud naturalmente se debe reverencia y honra exterior, así tambien se le debe la paz interior, la cual juntamente es fruto y premio della. Porque como la guerra interior proceda de la soberbia y desasosiego de las pasiones (como ya dijimos), estando estas domadas, y enfrenadas con las mismas virtudes que este oficio tienen, cesa la causa de todos estos bullicios

(a) Isai. 43. (b) Dan. 3. (c) Philip. 4. (d) Psal. 45. (e) Galat. 5.

y desasosiegos. Y esta es una de las tres cosas en que consiste la felicidad del reino del cielo en la tierra; del cual dice el Apóstol (f): El reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz, y alegría en el Espíritu Santo. Donde por la justicia (según la costumbre de la lengua hebrea), se entiende la misma virtud y sanctidad de que aquí tratamos; en la cual juntamente con estos dos frutos admirables, que son paz, y alegría en el Espíritu Santo, consiste la felicidad y bienaventuranza comenzada de que los justos gozan en esta vida. Y que esta paz sea efecto de la virtud, dícelo el mismo Señor claramente por Isaías así: La paz será obra de la justicia, y el fruto desamisma justicia será el silencio, y seguridad perpetua; y asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en las moradas de la confianza, y en un descanso harto y abundoso. Y llama aquí silencio á la misma paz interior, que es el reposo y quietud de las pasiones, que perturban con sus clamores y deseos congojosos el reposo y silencio del ánima.

Lo segundo nasce esta paz de la libertad y señorío de las pasiones de que arriba tratamos. Porque así como despues de conquistada y señoreada una tierra, y subjectados los moradores de ella, luego hay en ella paz y tranquilidad, y cada uno se asienta debajo de su higuera, y de su parra, sin temor ni recelo de enemigos; así despues de conquistadas y señoreadas las pasiones de nuestra ánima, que son (como dijimos) la causa de todos sus desasosiegos, luego se sigue en ella un silencio interior, y una paz admirable, con que vive quieta y libre de la guerra y contradicción importuna destas perturbaciones. De manera que así como ellas cuando eran señoras, y estaban apoderadas del hombre lo revolvan, y alteraban todo; así agora cuando el hombre está libre de la tiranía dellas, y las tiene captivas, no tiene quien desta manera le revuelva la casa, y le perturbe la paz.

Lo tercero nasce tambien esta paz de la grandeza de las consolaciones espirituales de que arriba tratamos, con las cuales de tal manera se satisfacen y adormecen hasta los deseos y afectos de nuestro apetito, que por entónces están quietos, y satisfechos con la parte que les cabe destes relieves de la porción superior del ánima. Porque allí la parte concupiscible se da por contenta con aquel soberano gusto que recibe en Dios, y la irascible se quieta viendo á su hermana satisfecha y contenta. Y así queda todo el hombre quieto y sosegado con esta participacion y gusto del sumo bien.

Lo cuarto nasce tambien esta paz del testimonio y alegría interior de la buena consciencia (de que arriba tratamos) que da grande quietud y descanso al ánima del justo; aunque no la asegure perfectamente, porque no se descuide y pierda el estímulo sancto del temor.

Ultimamente nasce esta paz de la confianza que los buenos tienen en Dios (de quien tambien tratamos); porque esta señaladamente les hace estar quietos y consolados aun en medio de las tormentas desta vida, por estar aferrados con las áncoras de la esperanza, que es por confiar que tienen á Dios por padre, por valedor, por defensor y por escudo; debajo de cuyo amparo con mucha razon viven quietos, cantando con el Profeta (g): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. Ca desta nasce la paz de los justos, y el

(f) Rom. 14. (g) Psal. 4.

remedio de todos sus males; porque ¿qué razon tiene para congojarse quien tiene tal valedor?

#### CAPITULO XXI.

Del nono privilegio de la virtud, que es de cómo oye Dios las oraciones de los buenos, y desecha las de los malos.

Tienen tambien otro grande privilegio los seguidores de la virtud, que es ser oídos de Dios en sus oraciones; lo cual es un gran remedio para todas las necesidades y miserias desta vida. Y para esto es de saber que dos diluvios universales ha habido en el mundo. Uno material, y otro espiritual; y ambos por una misma causa, que es por pecados. El material, que fué en tiempo de Noé (a), no dejó en el mundo cosa viva mas de lo que pudo caber en una arca; porque todo se lo tragaron las aguas, de tal manera que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio, que nació del primer pecado, fué mucho mayor que este; porque no solo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presentes, pasados, y venideros; y no solo hizo daño á los cuerpos, sino mucho mas á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre habia recibido, como se ve claro en un niño recién nacido, el cual nasce tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues deste primer diluvio nascieron todas las pobrezas y miserias á que la vida humana está subjecta: las cuales son tantas y tan grandes, que dieron materia á un gran doctor y sumo pontífice para hacer un libro de solas ellas (b). Y muchos grandes filósofos considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está subjecto, no acaban de maravillarse viendo esta desorden en el mundo; porque no alcanzaron la causa dello, que fué el pecado. Porque veian que solo este entre todos los animales usa de mil diferencias de carnalidades y deleites; á solo este fatiga la avaricia, la ambición, y un insaciable deseo de vivir, y el cuidado de la sepultura, y de lo que despues della ha de ser. Ninguno otro tiene la vida mas frágil, ni la cobdicia mas encendida, ni el miedo mas sin propósito, ni mas rabiosa la ira. Veian tambien á los otros animales pasar la mayor parte de la vida sin enfermedades, y sin los tormentos de los médicos y de las medicinas; veíanlos proveídos de todo lo necesario sin trabajo, y sin cuidado. Mas al hombre miserable veian subjecto á mil cuentos de enfermedades, de accidentes, de desastres, de necesidades, de dolores, así de cuerpo como de ánima, así suyos propios como de todos los que ama. Lo pasado le da pena, lo presente le aflige, y lo que está por venir le congoja; y para sustentar con pan y agua una sola boca, muchas veces le es forzado trabajar toda la vida.

No acabariamos á este paso de contar las miserias de la vida humana, la cual el sancto Job dice que es una perpetua batalla, y que los dias della son como los de un jornalero que de sol á sol trabaja (c). Lo cual sintieron en tanta manera algunos sabios antiguos, que unos dijeron que no sabian si la naturaleza nos habia sido madre, ó madrastra, pues á tantas miserias nos subjectó. Otros dijeron que lo mejor de todo era no nacer, ó á lo

(a) Genes. 7. (b) Innocentius de Vititate conditionis humane. (c) Job. c. 7.

ménos morir luego acabando de nacer. Y no faltó quien dijo que muchos no tomaran la vida, si se la dieron despues de experimentada: esto es, si fuera posible probarla ántes de recibirla.

Pues habiendo quedado tal la vida por el pecado, y habiéndose perdido en aquel primer diluvio todo el caudal que habiamos recibido, ¿qué remedio nos dejó el que desta manera nos castigó? Dime tú, ¿qué remedio tiene un hombre enfermo y lisiado, que navegando por la mar, en una tempestad perdió toda su hacienda; sino que, pues ni tiene patrimonio, ni salud para ganarlo, ande toda la vida mendigando? Pues si el hombre en aquel universal diluvio perdió cuanto tenia, y quedó tan pobre y desnudo, ¿qué remedio le queda sino llamar á las puertas de Dios como un pobre mendigo? Esto nos enseñó muy á la clara aquel sancto rey Josafat, cuando dijo (d): Como quiera que no sepamos, Señor, lo que nos convenga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á vos. Y no ménos significó esto mismo el sancto rey Ezequías, cuando dijo (e): De la mañana á la tarde daréis, Señor, fin á mi vida; mas yo así como el hijo de la golondrina llamaré, y gemiré como paloma. Como si dijera: Soy tan pobre, y estoy tan colgado, Señor, de vuestra misericordia y providencia, que no tengo un solo día de vida seguro; y por esto todo mi ejercicio ha de ser estar siempre dando gemidos ante vos como paloma, y llamaros como hace á sus padres el hijo de la golondrina. Esto decia este sancto varón con ser rey, y grande rey; pero mucho mayor lo era su padre David, y con todo eso usaba deste mesmo remedio en todas sus necesidades, y así con este mesmo espíritu y sentimiento decia (f): Con mi voz clamé al Señor, con mi voz hice oracion á él. Derramo en presencia del mi oracion, y doile cuenta de mi tribulacion, cuando mi espíritu fatigado comienza á desfallecer. Esto es, cuando mirando á todas partes veo cerrados los caminos y puertos de la esperanza; cuando me faltan los remedios de la tierra, busco los del cielo por medio de la oracion, la cual Dios me dejó para socorro de todos mis males.

¿Preguntarás por ventura, si es este seguro y universal remedio para todas las necesidades de la vida? A esto (pues es cosa que pende de la divina voluntad), no pueden responder sino los que Dios escogió para secretarios della, que son los apóstoles y profetas, entre los cuales dice uno así (g): No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Estas son palabras de Dios, salidas por boca de un hombre, las cuales nos certifican sobre todo lo que se puede certificar, que cuando oramos, aunque no veamos á nadie, ni nos responda nadie, no hablamos á las paredes, ni azotamos el aire; sino que allí está Dios dándonos audiencia, y asistiendo á nuestras oraciones, y compadeciéndose de nuestras necesidades, y aparejándonos el remedio, si es remedio que nos conviene. ¿Pues qué mayor consuelo para el que ora, que tener esta prenda tan cierta de la asistencia divina? Y si esto solo basta para esforzarnos y consolarnos, ¿cuánto mas lo harán aquellas palabras y prendas que tenemos de la boca del mesmo Señor en su Evangelio, donde dice (h): Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han? ¿Pues qué prenda mas rica que esta? ¿Quién dudará des-

(d) 2. Par. 20. (e) Isai. 58. (f) Psal. 41. (g) Deut. 4. (h) Matth. 7. Luc. 11.